



OTROS HORIZONTES POSIBLES

ÍNDICE

Un bello horizonte	4
Un adolescente en cuarentena	12
Pies de bailarina	14
La puerta	18
Bordando horizontes	28
Camino a la palabra	30
Laboratorio Arquitectónico	32
Cuando yo parta...	40
La amargura y la esperanza	44



Rectora

Lourdes Lavaniegos González

Vicerrector

Juan Carlos Gómez Ríos

Diseño Editorial

Jessica Enciso

Diseño de Imagen

Carolina Polanco

Coordinan el Proyecto

Nallely Hernández Sánchez

Ma. Fernanda Trevilla Crespo

Comentarios o colaboraciones a:

nallely.hernandez@lasallep.edu.mx

Portada y Contraportada:

Jessica Enciso





Esparcir palabras como esporas para **pensar-con, devenir-con**, esa es la apuesta de CompArte: experimentar con nuestras formas de crear. ¿Qué otros horizontes posibles imaginamos? ¿Cómo generar propuestas creativas a la vez de resistencia y de apertura?

Creemos, como lo hace Sara Ahmed, que estamos ante una generosa oportunidad de **sacudir las restricciones de las estructuras que agonizan**. Estar dispuestxs a cavar y encontrar en nosotrxs, a mover cosas que nos afecten, a equivocarnos, reconocer errores, escuchar e incomodarnos, a poner los afectos, las relaciones con humanxs y no humanxs al frente de esa sacudida, puede ser un punto de partida para **imaginar un horizonte sensible en el que todas las vidas sean vivibles**.

Ningún paso acrítico ni normalizador, desordenar las jerarquías en lo emocional, en los afectos y el antropocentrismo. Arriesgar lo conocido para **crear otros presentes y otros futuros**: comunes, colectivos, interseccionales, interespecie, éticos y vulnerables. Nuevos rumbos que, aunque improbables, arrojen otras coordenadas por donde andar y no olvidar estar preparadxs para equivocarnos, que **el error es a veces el camino**.



Un bello horizonte

Texto: Felipe Ozumbilla Zerón

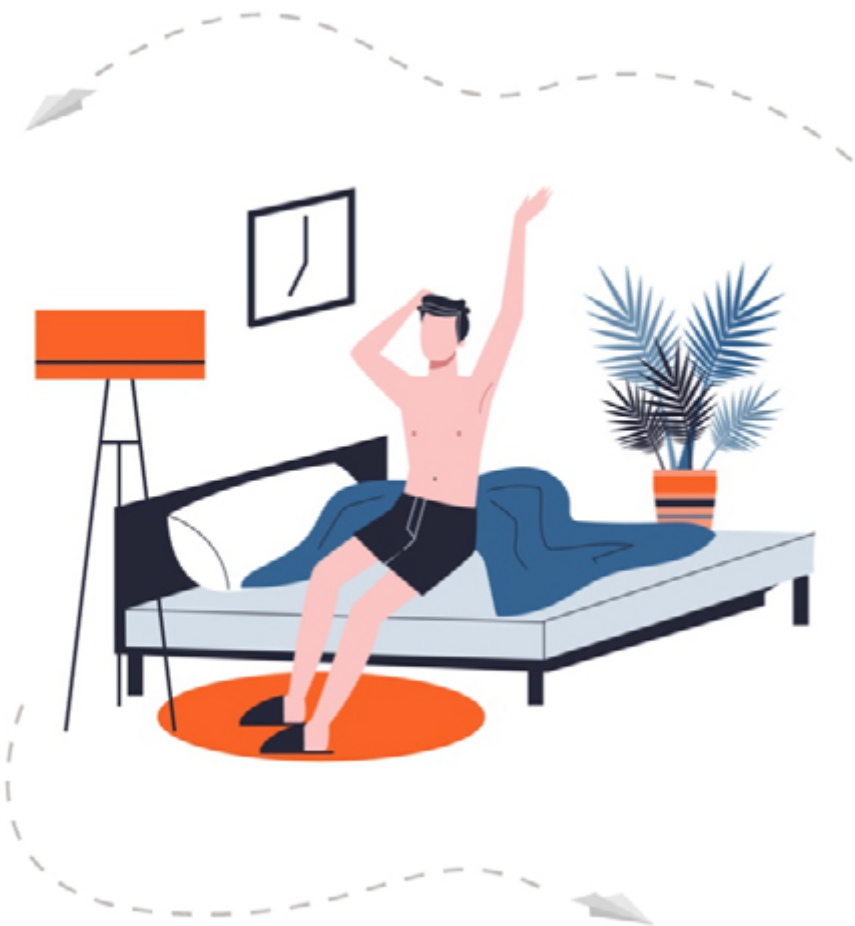
Sonó el despertador. La alarma estaba programada de lunes a viernes a las 5:50 a.m. Apenas había tiempo de ducharse, preparar un leve desayuno y salir en el auto rumbo al trayecto de 45 minutos, si no había tráfico, que separaba su casa de la oficina. En esta última, por cierto, pasaba más horas despierto que en lo que llamaba “hogar”.

A las 8 a.m., puntualmente se sentaba frente a la computadora. 8:05, y abría el correo electrónico para empezar con los pendientes. Un par de llamadas por aquí, contestar unos mails por acá; cuando daban las 10 de la mañana, paraba a tomar el primer café del día.

Cerca de las 10:20 a.m. volvía a la silla que tenía su cuerpo perfectamente grabado. Cuando terminaba los encargos, sonreía disimuladamente hasta que, en cuestión de 15 o 20 minutos, una reunión con el jefe, otra encomienda, un nuevo proyecto o algún cliente con dudas y el gesto de la cara se borraba inmediatamente.

Exactamente a la 1:30 p.m., pausaba la computadora y con ella, el día. La sagrada comida la compartía casi invariablemente con compañeros de la oficina. Algún restaurante de moda cada que recibían el sueldo o comúnmente, un centro comercial para aprovechar el tiempo y buscar un par de zapatos nuevos. En ocasiones, una fonda de comida casera cuando el sabor y el amor de la casa se extrañaba, o cuando el bolsillo apretaba. Aún trabajando más de 40 horas a la semana, en ocasiones el dinero no sobraba.

De vuelta a la oficina tenía 3 horas más de trabajo. 180 minutos en el contrato y 240 en la realidad. Nunca faltaba un último encargo “para mañana a primera hora”, la llamada que se alargaba o simplemente el tercer café del día con los colegas esperando mientras el jefe se va de la oficina.





A las 7 p.m., poco más o poco menos, volvía a casa. Tiraba las llaves del auto junto con el portafolio que día a día cargaba y, ocasionalmente algún abrigo. Se sacaba los zapatos y se relajaba con una serie en la televisión mientras esperaba la comida a domicilio que era su cena habitual.

Cuando llegaban las once de la noche ponía en orden su ropa para el día siguiente, se metía en la cama con el celular en las manos para leer alguna noticia, ver mensajes de sus amigos o familia y ¿por qué no?, adelantar algún pendiente de la oficina. La rutina llevaba varios años. La cuenta perdió importancia en el quinto aniversario. Ese en el que se había prometido visitar Europa o Australia. El sueño se hacía cada vez más pesado, cerca de la media noche, se entregaba a él. Los fines de semana los ocupaba para visitar algún amigo o familiar. En ocasiones hacía pequeños viajes a lugares cercanos, esto siempre que se hubiera organizado bien con la casa, las compras y la limpieza de la ropa. Así pasaba su vida, así se cerraba su horizonte de posibilidades.

Un día, tal vez un martes o jueves —en realidad era lo mismo—, mientras navegaba por sus redes sociales, una foto le hizo detenerse. En ella había una familia con 6 hermosas calabazas en las manos, 2 perros y un lindísimo paisaje en el fondo. Nunca le gustaron realmente estos frutos, le parecían útiles únicamente como decoración. Fue la sonrisa de los padres y los niños con tierra en las manos lo que le hizo parar sus pensamientos.

Cuando empezó a indagar sobre la publicación, descubrió que era la foto de uno de sus amigos de preparatoria. Ellos se habían desconectado hace tiempo y eventualmente veía sus fotos y videos sin que le generaran mucha importancia o interés. Ésta era la excepción. Decidió preguntar por más información. Escribió un mensaje en donde le saludaba y le pedía un poco de contexto. ¿Quiénes son? ¿Dónde es? ¿Qué haces ahí?

Pasaron varios días y ninguna respuesta. Casi había olvidado el tema cuando un miércoles a la 1:56 p.m. recibió un mensaje que le cambiaría la vida.

—¡Hola! ¡Que gusto saber de ti! Espero que todo te vaya excelente en la vida. Yo estoy muy bien. Ahora vivo en Belo Horizonte, en Brasil. Tengo unos meses acá, estoy en una granja agroecológica. La foto de la que hablas es de la cosecha de esta temporada, es la familia de Chiu, sus hijos

y esposa. Él es uno de los creadores del proyecto en el que estoy. La idea es la permacultura y la bioconstrucción; aquí vivimos de lo que sembramos, construimos pequeñas casas de adobe con materiales de la zona y buscamos mantener vivas las tradiciones indígenas como el baño de piedras calientes. Tal vez lo has escuchado, en México le llamamos Temazcal. Llevo algunos años haciendo fotografía. Especialmente de las granjas o los proyectos sustentables en los que he participado. Algunos en Latinoamérica y otros en Asia o Australia. ¡Cuando estuve allá me acordé de ti! ¡De cuanto querías ir y ver los arrecifes de coral! Espero que lo hayas hecho. Ojalá estés muy bien y podamos seguir en contacto, ¡es genial saber de las viejas amistades!

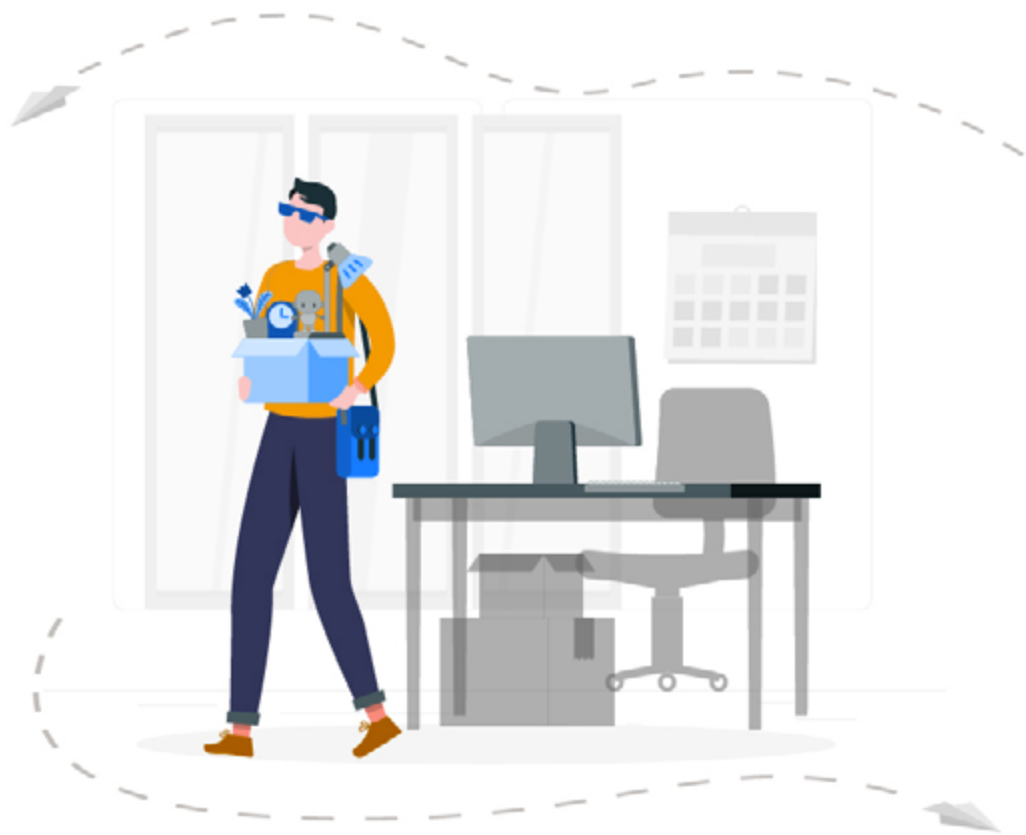
¡Abrazos grandes!-

Cuando terminó de leer el texto, la comida que tenía enfrente se transformó en plásticos y químicos. Su ropa, su estilo de vida, su trabajo, todo perdió el sentido rápidamente. Volteó a ver a su alrededor. Miércoles, 2:03 p.m., nadie sonríe. Todos en la zona de comida rápida devoran sus alimentos sin saber precisamente ¿por qué comen rápido?

Su cabeza daba vueltas por todos los nuevos conceptos. Temazcal, permacultura, bioconstrucción, agroecología. Decidió buscar más sobre estos temas, y fue precisamente en este último cuando marcó a su oficina y se reportó con un malestar que no le permitiría volver esa tarde.

Volvió a casa a las 3:20 p.m. Abrió su computadora y siguió su búsqueda. Poco a poco este mundo le atrapaba sin saber por qué. Buscó respuestas toda la noche, vio videos de granjas y proyectos alrededor del mundo. Leyó sobre las técnicas de permacultura y agroforestal, sobre las tradiciones indígenas y las medicinas sagradas. Era demasiada información para asimilar.

Escribió a su amigo. Le contó sobre su reciente exploración; de como había buscado vuelos a Brasil, Australia y España. Describió lo cansado que era tener la vida de oficina que la sociedad aspira a tener. De cómo sus sueños cada día iban haciéndose más lejanos, y le contó las ganas que tenía de encontrar un nuevo horizonte en donde la vida le sonriera nuevamente. Le pedía un consejo para empezar esta aventura. El cansancio le venció y su computadora quedó prendida en espera de una respuesta.





Al despertar la mañana siguiente, tomó una decisión que le llevaría a hacer posible lo imposible. Temprano ese día, se presentó en su oficina y avisó que a fin de mes dejaría el trabajo seguro y estable que le había atrapado varios años. Esa tarde, cuando regresó a casa, preparó una maleta sin saber a dónde iría. Era una sensación fresca y muy agradable. Pasaron algunos días y su computadora recibió la respuesta que tanto esperaba. El chico en Brasil había contestado.

—¡Wow! Que alegría que una imagen haya tocado tu alma de una manera tan profunda. ¡En Brasil tienes un lugar! Acá trabajamos con voluntariados. También puedes buscarte otros en Internet. Hay varias páginas que se dedican a eso; ofrecen lugares para intercambiar trabajo por comida, techo y muchas experiencias que marcan tu vida. Muchísimas granjas buscan ayuda. Especialmente los nuevos proyectos orgánicos. Si tienes dudas o ganas de ir un poco más despacio, te recomiendo que busques algún proyecto en México o cerca. Hay algunos lugares increíbles en Oaxaca, Chiapas o Centroamérica. Nicaragua, Honduras o Costa Rica, por ejemplo. Depende de ti, de qué quieres hacer y, sobre todo, con qué te sientes feliz. De eso se trata la vida.

Avísame si puedo ayudarte en algo. Déjame saber como van tus planes y ¡deseo que sigas el camino de tu corazón! Ese te llevará a la felicidad. ¡Abrazos enormes!

Se sentó en la cama por horas. La cabeza le daba miles de vueltas. Tenía una sonrisa inexplicable en el rostro que no se borró ni siquiera cuando a las 5:50 a.m. sonó el despertador. El viaje al trabajo fue irrepetible. Sabía que dentro de unos días sería libre para decidir sobre su vida y su destino. Cuando la fecha llegó, tomó la maleta que le aguardaba en la sala de la casa desde hacía unas semanas. Subió a un taxi con rumbo a la terminal de autobuses. Tenía un boleto que había comprado hace varios días, entró al vehículo y no miró atrás. Su vida y su aventura habían empezado.

Este viaje no se trata de sobrevivir. Se trata de VIVIR, disfrutar, aprender. Gozar y sufrir. Reír y llorar. Caerse y, sobre todo, levantarse. El secreto es ser libre, ser real. Útil al mundo y a la comunidad. Ser feliz: Si no vives feliz, no estás viviendo. Entonces arriésgate a nuevos horizontes, nuevas oportunidades donde todo empiece, donde tú renaces.

Un adolescente en cuarentena

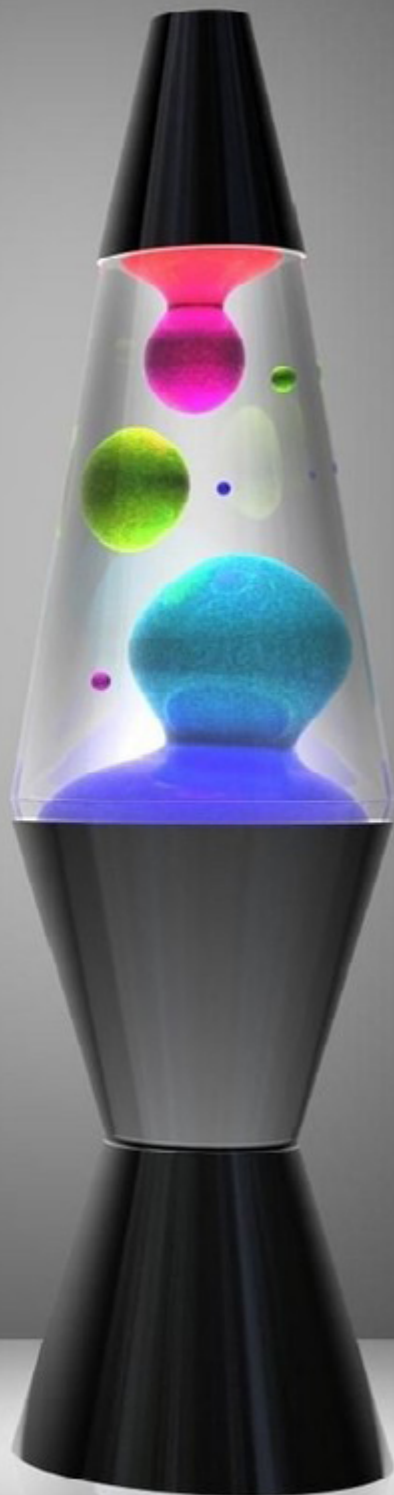
Texto: Kirye Josué Granados García

Anoche mis padres me preguntaron si estaba bien.

Es duro estar encerrado, aquella **máscara** de felicidad es más pesada que cualquier cubrebocas, e incluso te protege más. Paso el día pensando en nuestro encuentro imaginario, aquel día en que la **lámpara de lava** de mi escritorio deje de burbujear, aquel día en que tome mis **llaves**, mi cartera y mi celular y salga, que sea libre, poder vivir esta que es la mejor etapa de mi vida como yo quisiera, viajar... ¡Sí! Eso, quiero un viaje en carretera, quiero ir con mis amigos a la playa, quiero escuchar *Instant Crush* de Daft Punk mientras el aire revuelve mi cabello, quiero salir de noche, quiero escapar de estos **vinilos** infinitos que tocan la misma canción de nuestras vidas, quiero escribir una nueva página, quiero saltar al vacío, y no tener miedo de caer.

Quiero comer una *Maruchan* con Sofía en el techo de mi casa a la media noche. Quiero bailar con Nadia bajo la luz de la luna y un techo de estrellas y cometas [a pesar de que ambos tengamos dos pies izquierdos]. Quiero ir con Emilio al parque. Quiero pintar un **cuadro**. Quiero ir de compras, quiero cortarme el pelo y no tener resentimientos. Quiero amar, amar a todas las personas del mundo, necesito, necesito amar.

Y entonces, mientras todo esto corría por mi cabeza, sin freno de motor, yo les respondí: **“Sí, estoy bien, buenas noches”**.



Pies de bailarina

Texto: Alejandra Ledezma Lara

Somos Derecho e Izquierdo, los dos pies de Alejandra. Desde que esta niña nació tuvimos una encomienda: bailar, movernos al ritmo de prácticamente cualquier melodía.

Todo empezó cuando Alejandra aprendió a caminar, lo hacía de puntitas, sin colocar los talones en el suelo, esta curiosa técnica le permitía moverse con rapidez y con cierta gracia, luego de mucha práctica mi compañero y yo pudimos colocarnos correctamente en el piso para permitir que la niña caminara de manera “normal” y fue así que inició nuestra aventura.

Ella escuchaba música y notaba que sus pequeños pies no se quedaban quietos, le permitían realizar movimientos que a los ojos de los demás eran bellos... esto encantó a la pequeña y nunca más perdió la oportunidad de bailar: en fiestas familiares, en eventos escolares, en su casa, cualquier sitio era ideal para moverse al ritmo de la música. Lo que pensaran los demás al verla no le interesaba mucho realmente.

Luego de seis años aprendió a leer, descubrió por medio de las letras que el baile también recibía otro nombre todavía más interesante: danza; leyó sobre innumerables tipos de danza, conoció estilos, nombres difíciles de pronunciar de bailarines famosos, nombres de países lejanos donde también las personas bailan... –¡Ah!, pensaba, –yo también seré una gran bailarina y me cambiaré el nombre, me pondré uno muy raro, ahora sé que todos podemos bailar si queremos, pensó.

No estaba tan equivocada, todos o muchos bailan, pero pocos hacen danza, supo después que no se trata de hacer movimientos coordinados con los pies, éstos deben estar entrelazados con el alma y el espíritu del bailarín, sólo así se logra crear arte en movimiento, sólo así se logra contagiar al que mira de la dicha, de la tristeza, de la creación o de la belleza de alguna coreografía.



Derecho y yo también lo comprendimos; con la tenacidad y ayuda de Alejandra crecimos también, no sólo en tamaño sino también en fuerza y precisión. La acompañamos en sus entrenamientos y ensayos para convertirse en una bailarina de ballet y tomó una decisión: nunca cambiaría su nombre.

Nos encantaba que nos bañara y nos pusiera cremas, decoraba nuestras pequeñísimas uñas con colores discretos o brillantes y nos enfundaba en mallones rosas, blancos, negros, rojos... coronaba nuestro ajuar con las zapatillas de punta; ¡oh! esas zapatillas que nos oprimían y nos atormentaban, pero no podemos negar que nos hacían ver bellos, nuestros arcos en el empeine lucían bien, a mí me gustaban las puntas rosas, pero a mi compañero le encantaban las rojas. Alejandra nos vestía según la ocasión. Escuchábamos los aplausos después de las funciones, nos llenaban de satisfacción y de vitalidad para seguir danzando a pesar de las torceduras, de los esguinces o de las ampollas. Nos fascinaba bailar con y junto a otros pies, ligeros como el viento, pero poderosos como el acero, rápidos como la luz y valientes cual guerreros.

Alejandra nunca dejó de protegernos, nos decía bajito, “hoy vamos a bailar bonito, danzarán con amor y lo harán muy bien, prometo que los dejaré descansar y los consentiré”; nunca faltó a su palabra, todavía hoy, después de tantos inviernos nos cuida mucho. Nosotros no lucimos tan mal, producimos chasquidos cuando Alejandra camina descalza, pero ya no hay dolor, ya casi se han borrado las marcas donde antes hubo lesiones.

Atesoramos la música de Wagner, Debussy, Prokofiev, Mozart, Vivaldi, Mendelssohn, Stravinsky, Tchaikovsky...Parece que todavía escuchamos el sonido de los aplausos, la risa de Alejandra, su llanto de frustración o de gozo antes y después de cada presentación. Oímos aún el latir de su corazón emocionado, también está presente su voz cuando, todavía hoy, agradece a Dios el gran obsequio que Él le dio, le regaló a Derecho e Izquierdo, sus pies de bailarina.



La puerta

Texto: Sofía Ludlow

Hundida en un mar de dolor le resulta una molestia abrir sus ojos, por eso estará continuamente cayendo entre sollozos.

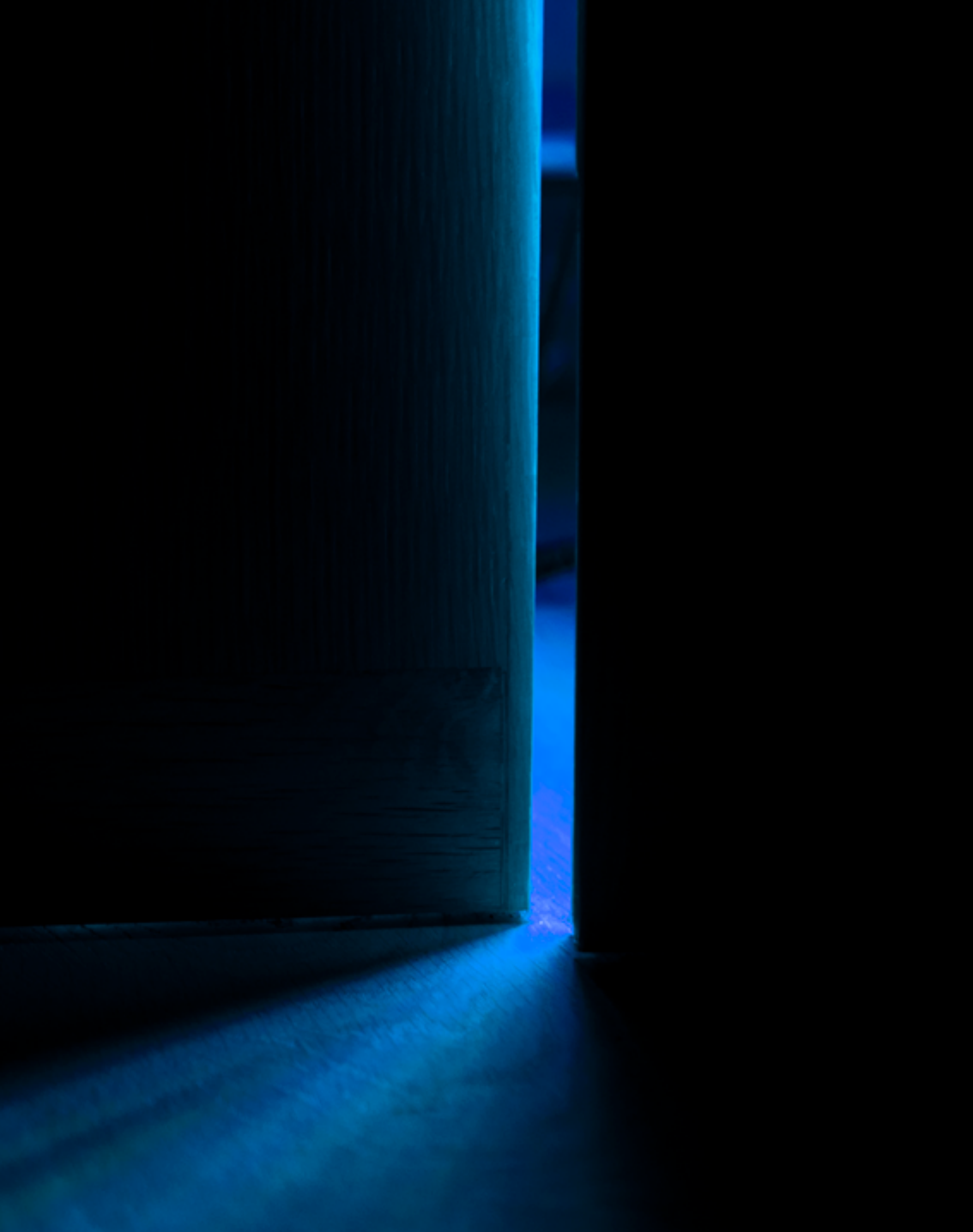
Está parada en una muy tenue luz, detrás de ella está la puerta por la que acabas de pasar, y ella siguió flotando innaturalmente por encima del suelo. Además de ella y la puerta, todo está ahogado en una absoluta oscuridad sin límites, no porque no hubiera nada más, sino porque es todo lo que necesito ver.

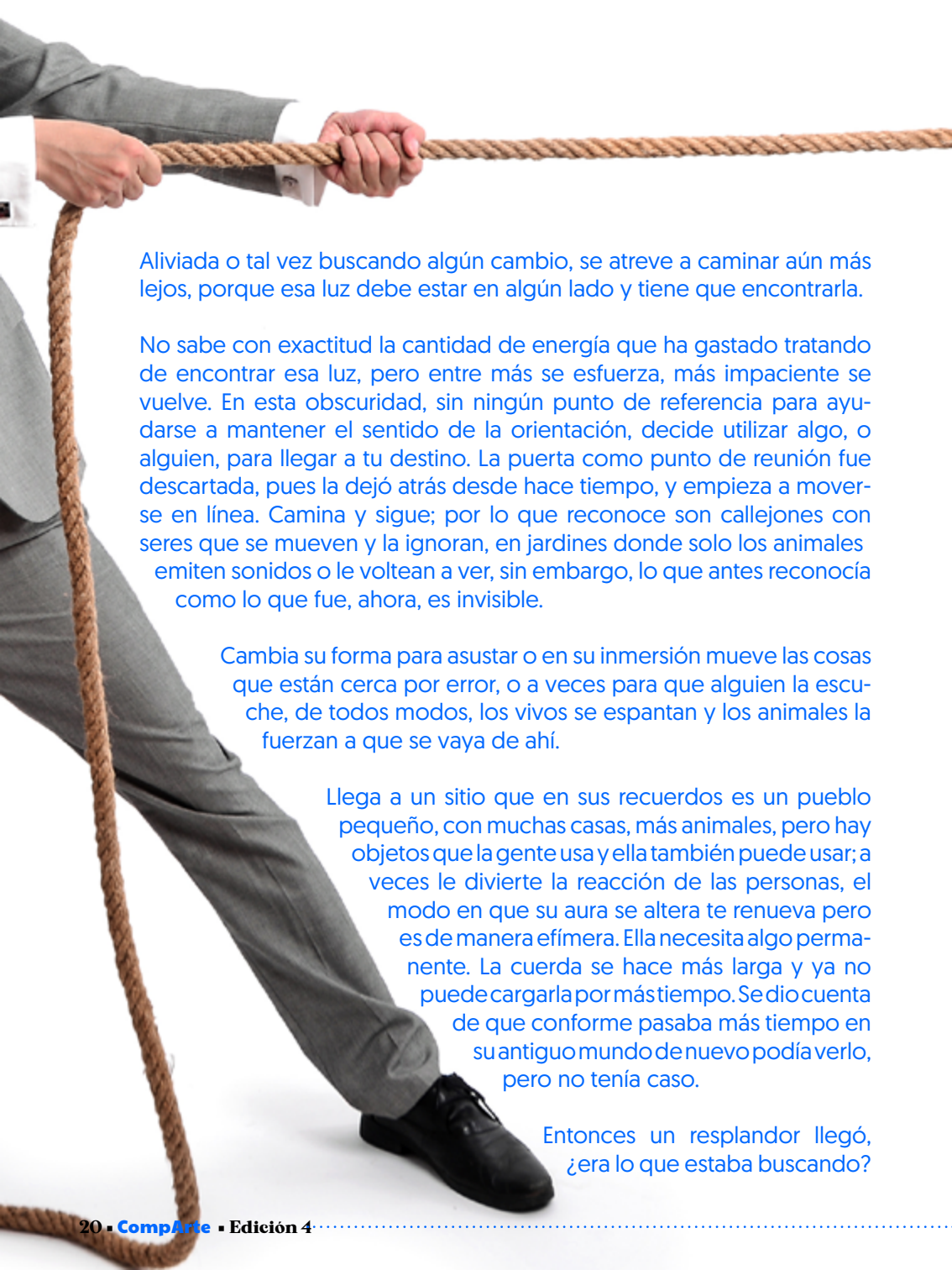
“¿Me encontrará alguien?” Pensó.

Ese nuevo espacio le hace pensar en las tardías noches de invierno, justo después de que todas las hojas rojas abandonaran a los árboles para unirse al suelo. Tan tranquilo y húmedo; sin un alma a la vista posible, de seguro había más almas, pero le son de poca importancia, como vida simple solo tenía un nuevo objetivo, encontrar una luz, la que fuera, pero la necesitaba.

La puerta le recuerda la escena de la vuelta a casa luego de un día largo de muchos deberes y, por fin, puedo disfrutar de un poco de paz.

Está un poco confundida, comienza a caminar alrededor de la puerta, pero siempre con el margen a la vista, nunca se alejó demasiado de las cosas, ¿por qué ahora? En este momento tenía todo el tiempo del mundo ¿o no?, pero se sentía casi como si estuvieras obligada por una cuerda a quedarse donde estaba, a pesar de que flotase a donde quisiera y atravesara los cuerpos que deseara, esa sensación le distraía para cumplir su objetivo. Tal como si fuera una manera de asegurarse que no desapareciera de su espalda, bajo ningún segundo de descuido. Sólo toma algunas medidas de seguridad, eso es todo, ¿o sólo es cobardía? Pero nada fuera de lo normal ocurre, el paisaje no cambia y no hay ningún movimiento en los alrededores que le perturbe, solo el cambio de su propio cuerpo, o al menos lo reconoce como su cuerpo porque si prestaba atención no lo parecía como recordaba



A person wearing a grey suit and black shoes is holding a thick, light brown rope. The rope is taut and extends horizontally across the top of the frame. The person's hands are visible, gripping the rope. The background is plain white.

Aliviada o tal vez buscando algún cambio, se atreve a caminar aún más lejos, porque esa luz debe estar en algún lado y tiene que encontrarla.

No sabe con exactitud la cantidad de energía que ha gastado tratando de encontrar esa luz, pero entre más se esfuerza, más impaciente se vuelve. En esta obscuridad, sin ningún punto de referencia para ayudarse a mantener el sentido de la orientación, decide utilizar algo, o alguien, para llegar a tu destino. La puerta como punto de reunión fue descartada, pues la dejó atrás desde hace tiempo, y empieza a moverse en línea. Camina y sigue; por lo que reconoce son callejones con seres que se mueven y la ignoran, en jardines donde solo los animales emiten sonidos o le voltean a ver, sin embargo, lo que antes reconocía como lo que fue, ahora, es invisible.

Cambia su forma para asustar o en su inmersión mueve las cosas que están cerca por error, o a veces para que alguien la escuche, de todos modos, los vivos se espantan y los animales la fuerzan a que se vaya de ahí.

Llega a un sitio que en sus recuerdos es un pueblo pequeño, con muchas casas, más animales, pero hay objetos que la gente usa y ella también puede usar; a veces le divierte la reacción de las personas, el modo en que su aura se altera te renueva pero es de manera efímera. Ella necesita algo permanente. La cuerda se hace más larga y ya no puede cargarla por más tiempo. Se dio cuenta de que conforme pasaba más tiempo en su antiguo mundo de nuevo podía verlo, pero no tenía caso.

Entonces un resplandor llegó, ¿era lo que estaba buscando?



Alzó la mano y se dejó atrapar, pero lo perdió entre sus dedos gracias a las olas de su propia condición, su propio mar de obscuridad.

“¿Qué era eso? Cálido y deslumbrante ¿Quién se atrevió a dejarlo entrar?”

Aún podía sentir esa luz, con mayor esfuerzo cargó su larga y pesada cuerda y pudo entrar a la fortaleza donde estaba esa luz.

Esa luz tenía forma de persona, era una persona pequeña, pero lo que aumentó su emoción fue que esa persona le mirara, sabía que estaba ahí, entendía para qué estaba ahí. Fue tal su descontrol de energía que cambiaste forma, a la única y última que recuerdas cuando podías sentir las cosas. Estaba listo para obtener esa luz y que la cuerda se rompiera de su espalda y ser liberada, pero la personita gritó y la oportunidad se perdió.

“La chica del fondo del mar quiere saber, pero está encerrándose en su propio abismo.” Otra energía apareció de manera oportuna sobre la personita y logró que se marchara.

Pero era tarde, ella ya había decidido quedarse en esa casa. Porque conoció a alguien que la cautivó.

En ese lugar llueve mucho, los árboles se amontonan y cubren el cielo y se volvió normal que la lluvia no la tocara. Sabe que el lodo se mueve bajo su cuerpo flotante y sus extremidades se balancean lentamente hacia atrás y adelante. Pero no lo siente, eso le hace sentir vacía y su sed de luz aumenta de nuevo.

Incluso en un mundo sin día ni noche, continúa sin dormir. Moviendo sus alas lentas, le es hermoso nadar profundo, aguardar en los lugares a los que nadie va de la casa, haciendo ruidos raros para des-aburrirse y mover cosas de su lugar o lanzarlas cuando su frustración incrementaba.

De nuevo la luz llegó cuando el mundo ajeno estaba oscuro, solo así no se sentía perdida y, de este modo, lograron coincidir. Pero la chica del mar, como así la denominó la energía protectora, se hundió a propósito, avergonzada de no poder con su mentiroso corazón parlanchín.

“¿Me dará aquel valor necesario el abismo?”

El agua se arremolina, como si celebrara los secretos de su futuro. Muchos piensan que pisar agua es desagradable, se quedan bacterias ahí, pero la personita está determinada y el color lodoso cambia a uno claro, por una parte, ella, en su forma invisible, se alegra verla porque puede conocerse a través por ella de manera externa, pero la personita no entiende con facilidad lo que trata de decirle.

No puede hablar, solo pensar y mover la energía a su alrededor para transmitirle cosas.

La personita crece y sigue caminando, fingiendo no verte. Pero algo cerca capta repentinamente sus ojos. Eso le detiene. No era la única sombra que vivía ahí, y tampoco la única que necesitaba a la persona para regresar, sin embargo, ella se da cuenta de que esa otra sombra es más oscura, pesada y burbujeante; era cruel, sabía que en la otra dimensión había provocado dolor y pensaba seguir haciéndolo; un nuevo objetivo brotó de la sombra del fondo del mar, protegería a su persona.

Los sentimientos se desbordan en burbujas, se sintió más fuerte y por eso esa sombra perversa se va de repente, para la chica del fondo del mar, fue algo rápido, hasta casi sencillo, sin embargo, recordó que en su forma de ser el tiempo es rápido pero para la persona pasaron horas y noches largas y tormentosas de pesadillas crueles y a veces enredadas.

Sin embargo, la personita estaba agradecida con la chica del fondo del mar, le dijo cosas con suavidad que de cierta manera movieron su interior, se preocupó, porque la obscuridad la dejó sola.

-¿Quieres ayudar a otros?- Le pregunta la persona.

"Déjame ir." Contestó la sombra.

Ahora sin eso, con libertad la persona su mano extendió y la vio, la verdadera forma de la sombra.

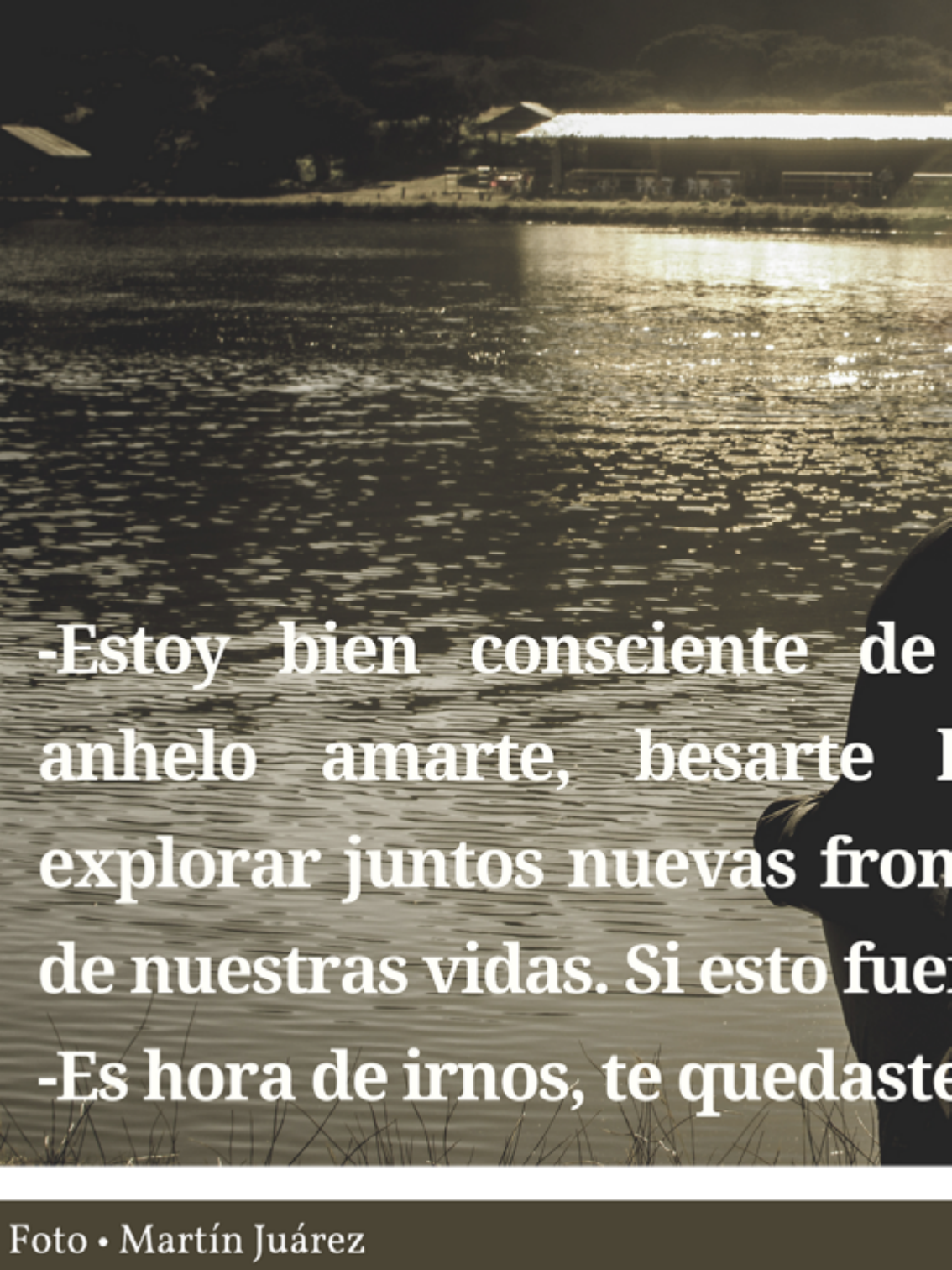
Dijo al aire, -Mira, tú también tienes colores.-

Curiosa, se agacha y gira la cabeza para conseguir una mejor vista de lo que acabas de encontrar. Es una puertita de color amarillo, su color amarillo la hace destacar. Se acerca a ella sin dudar y decide abrirla. La chica del mar ahora canta una bendición, ahora ella quiere saber más sobre los amaneceres. La chica del mar dejó de nadar y ahora vuela. Porque ha encontrado a quién liberó su corazón.

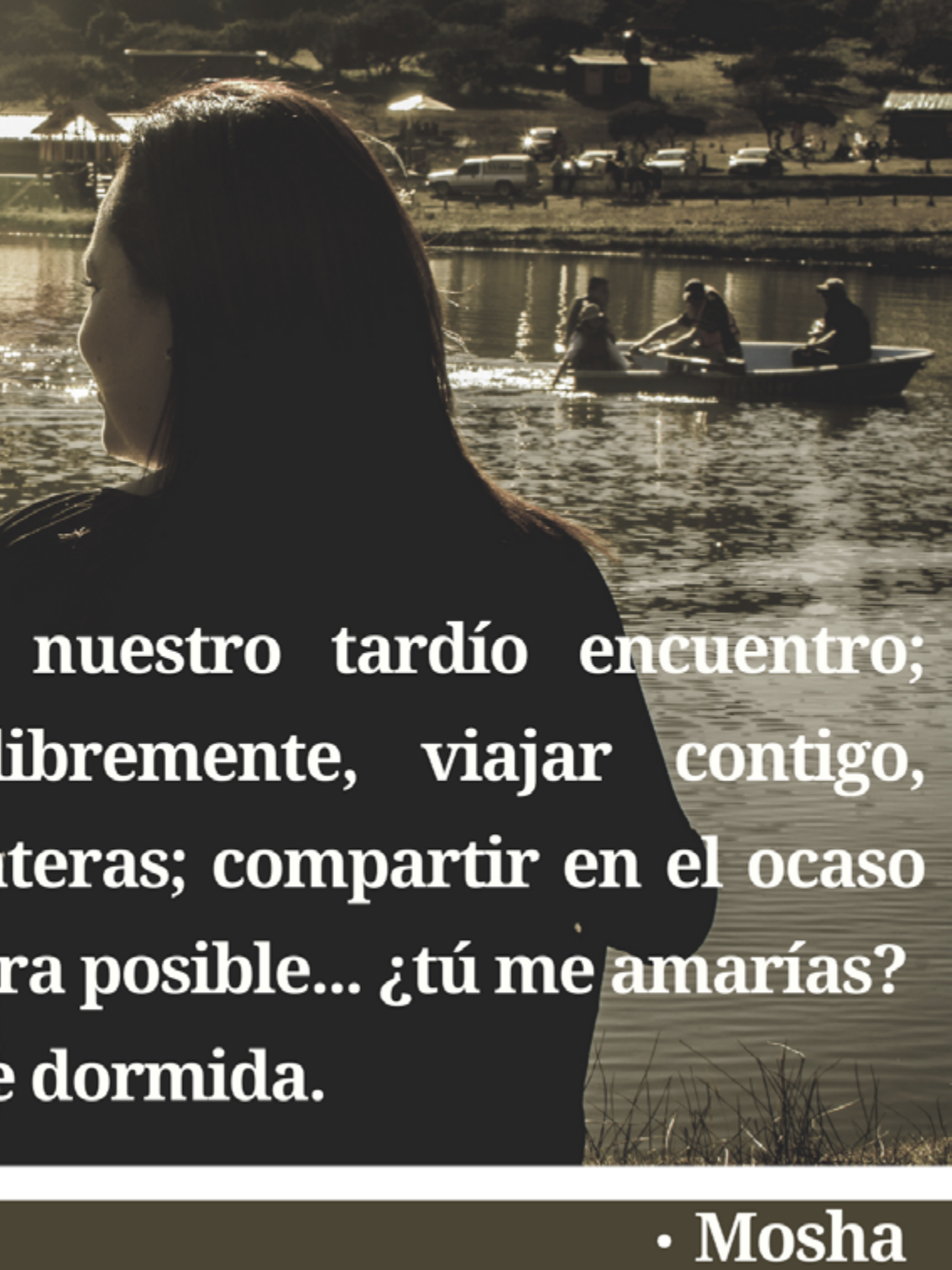




Fotografía: Alan Guevara Ham
Título: *Resiliencia*



-Estoy bien consciente de
anhelo amarte, besarte
explorar juntos nuevas fronteras
de nuestras vidas. Si esto fuera
-Es hora de irnos, te quedaste

A woman with long dark hair is seen from the back, looking out over a calm lake at dusk. In the distance, a small boat with three people is on the water, and a shoreline with some buildings and parked cars is visible under a warm, golden light.

nuestro tardío encuentro;
libremente, viajar contigo,
teras; compartir en el ocaso
ra posible... ¿tú me amarías?
e dormida.

• Mosha

Bordando horizontes

Texto y fotos: Juan Pablo Randell Ramos



Voy caminando, un andar errático, sin embargo, con cierta convicción. Muchas veces desconozco el rumbo, mi mente me abandona cuando más la necesito, pero mis pies saben perfectamente a dónde me dirijo y confío en ellos, son fieles y están impulsados por mi rebeldía existencial. Cosa curiosa e interesante, pareciera que a los lugares a los que llego siempre se descubren nuevos horizontes, la promesa de una posibilidad.

Esto no es una casualidad, no comprendí esta lección de vida hasta que descubrí un horizonte que ignoraba por completo. Cegado por mi necesidad, mis obviedades y ciertos prejuicios culturales. Los caminos son misteriosos y muchas veces encontrarás respuestas a preguntas que no buscabas o no te planteabas, en mi caso, el nuevo horizonte que llegué a descubrir se fue bordando poco a poco. Una curiosidad tímida, un guiño del destino a una actividad que despejaría los nudos de confusión que en aquel momento habitaban en mi cabeza.



Y esta vez no fueron mis pies, si no mis manos las que me dejaron ver de lo que era capaz de hacer, de construir, de ofrecer. Un ave, el símbolo que representa nuestra libertad, uno de los animales que llegan a develar los horizontes posibles, esa fue mi primera obra. El acercamiento a la cultura del bordado comenzó a interesarme cada más, perfeccioné mi técnica y dominé las figuras que se me ponían enfrente, nuevos retos, problemas que me divertían y cada vez caía en la cuenta de que había encontrado una nueva satisfacción.

Hilos, agujas, telas, herramientas, me permitieron no solo descubrir un nuevo talento que yacía dentro de mí, también fue la oportunidad de tocar corazones, escuchar historias, aprender a ver al otro bajo una mirada de honestidad, sinceridad y ajena a toda desviación a la que todos estamos expuestos en la actualidad, un verdadero espacio donde la cultura es palpable y la unión de comunidad es posible.

Otros horizontes son posibles, yo puedo vislumbrar los míos a través de las artesanías que hago, bordando el paso del tiempo, dejando una huella con los que comparten este sentimiento que no viene de la mente, sino de los pies que te llevan y las manos que hacen las cosas posibles.



Camino a la palabra

Texto: Elías Guerrero

Cuando el tiempo pasa entre los dedos,
y la vida se escapa al horizonte,
y el infame centro de la vida se cae,
recuerdo tu nombre,
y la palabra monta al viento,
mi silencio roba tu aliento.

Horizontes, mar, espacio,
tiempo, palabra...
palabra angustiante, palabra idílica,
pero al fin palabra.

No lo nombres,
no te lo pierdas,
no lo mires,
respira lento... más lento.

Sólo así atrévete, nómbralo,
arrástralo, cógelo,
monta al viento,
y haz que tu silencio robe el aliento.



Laboratorio Arquitectónico

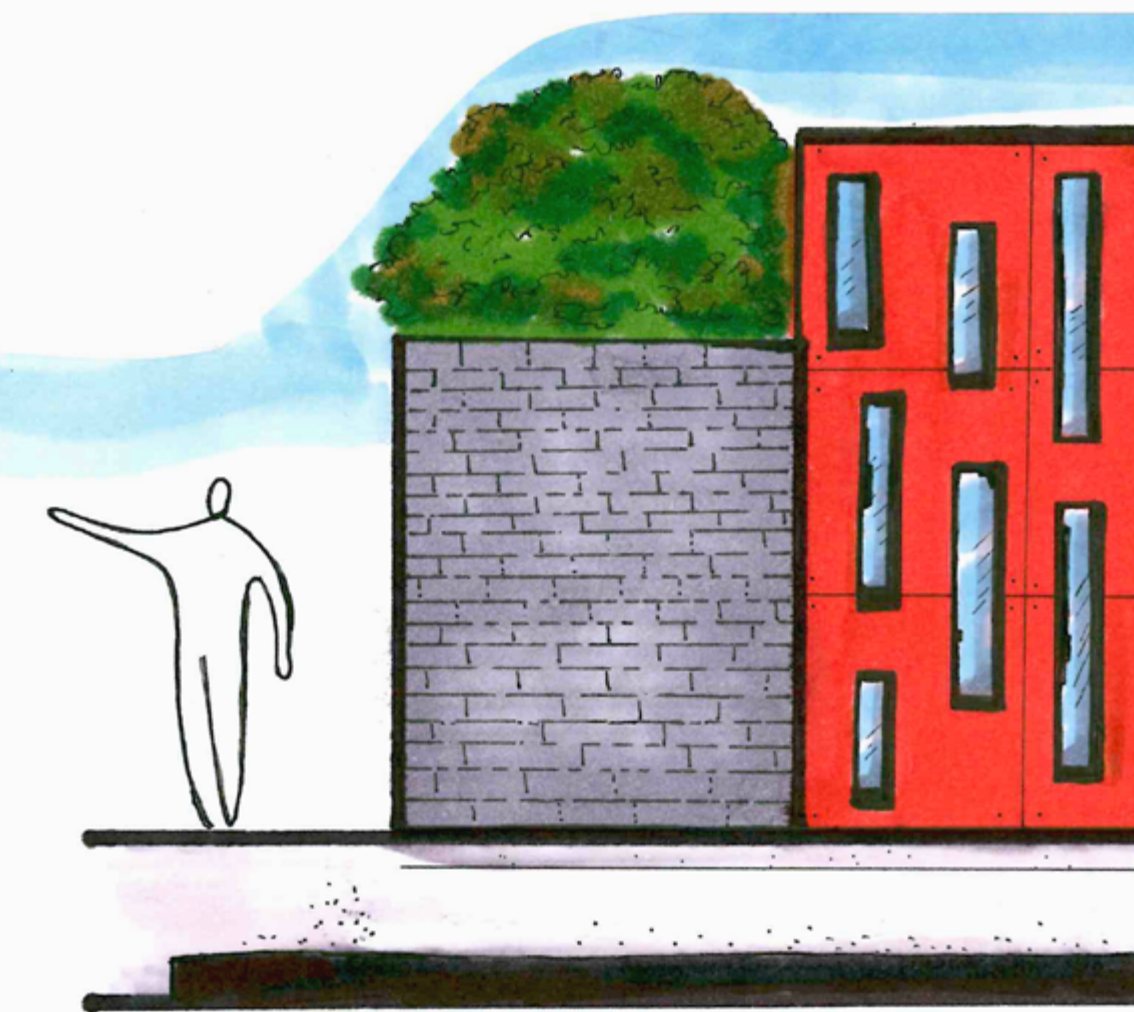
Texto e imágenes: Marínieves Muñoz Carbajal

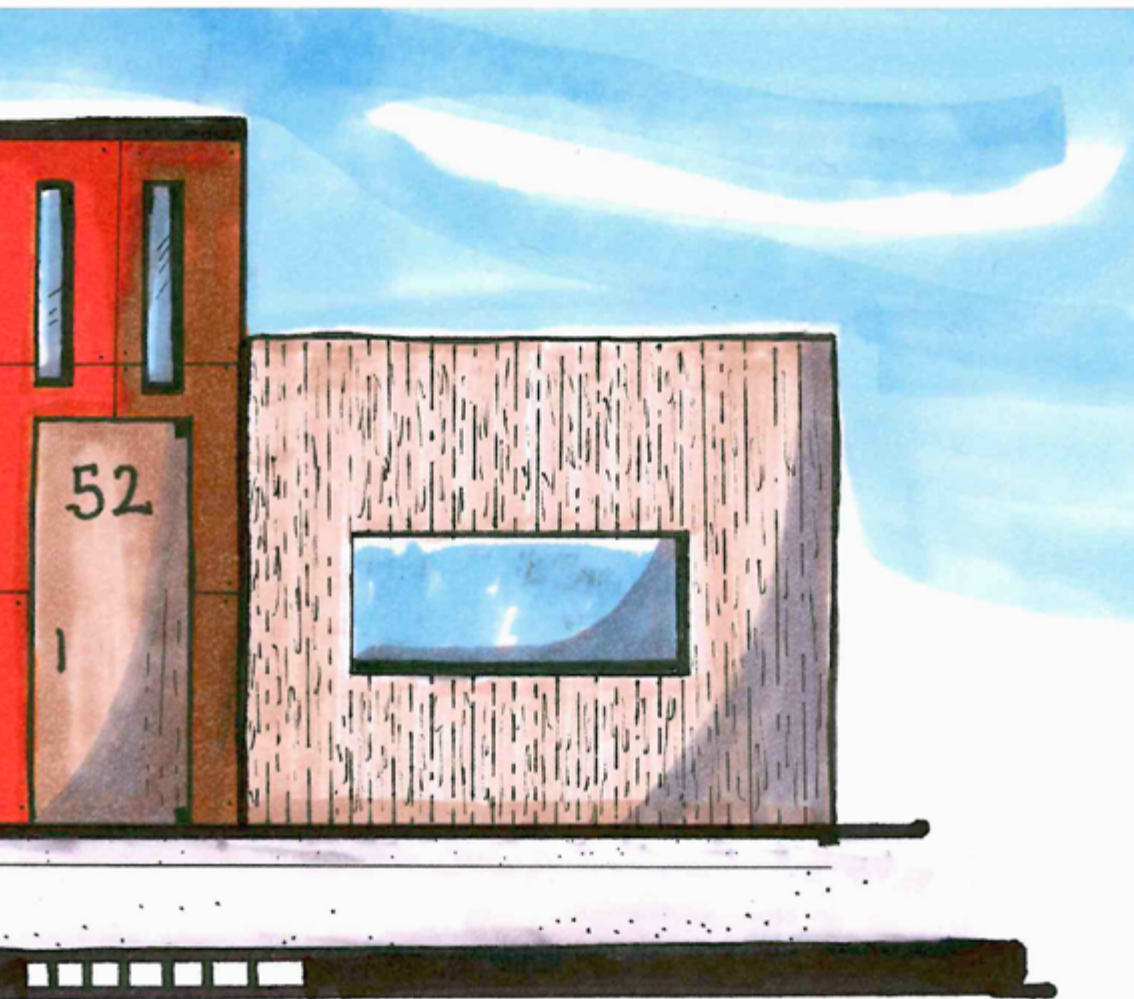
Propuesta 1



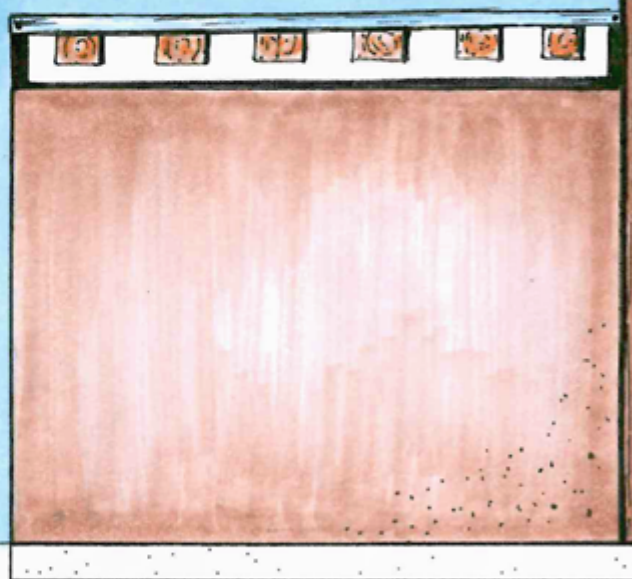
Propuesta 2



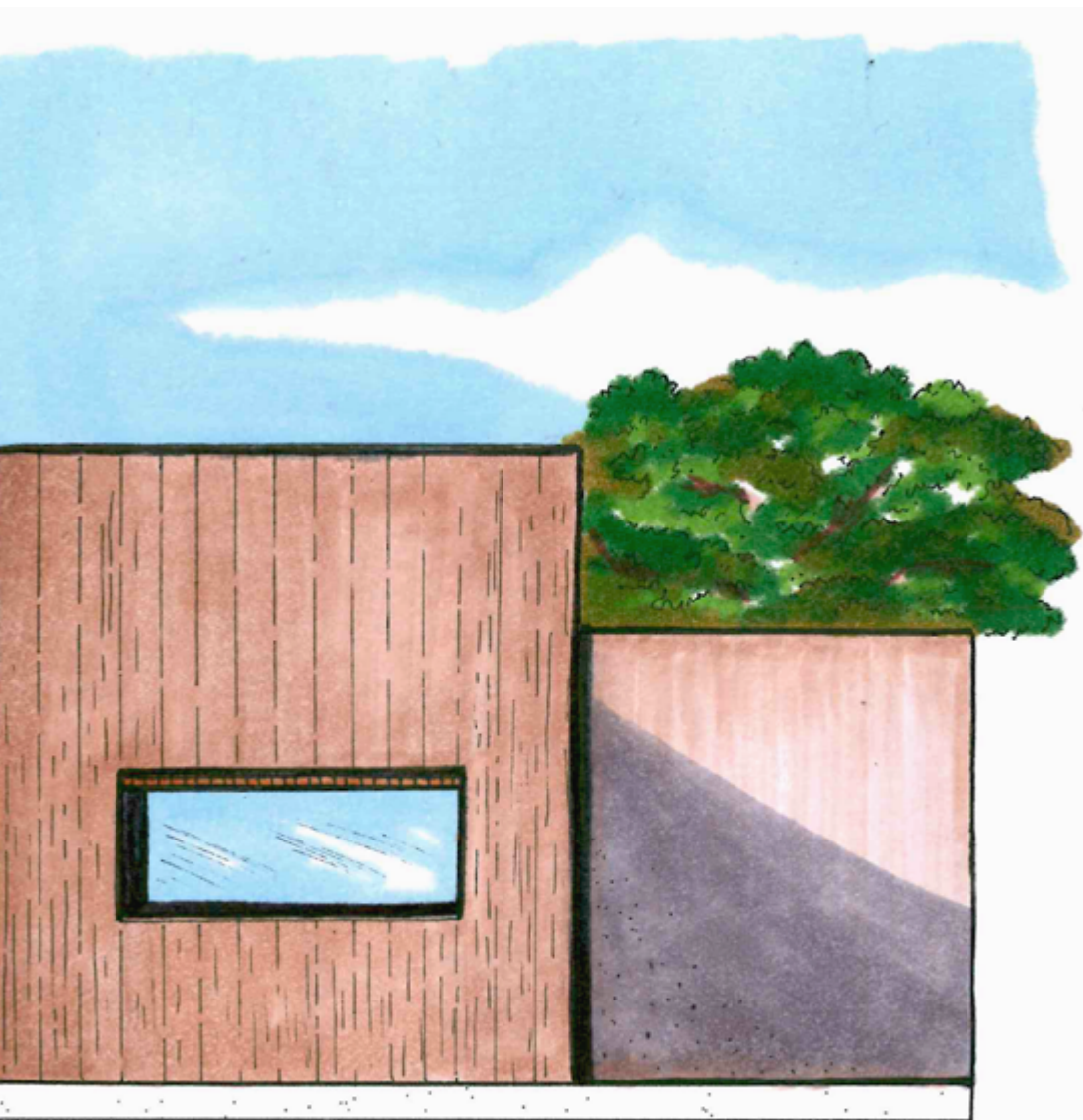




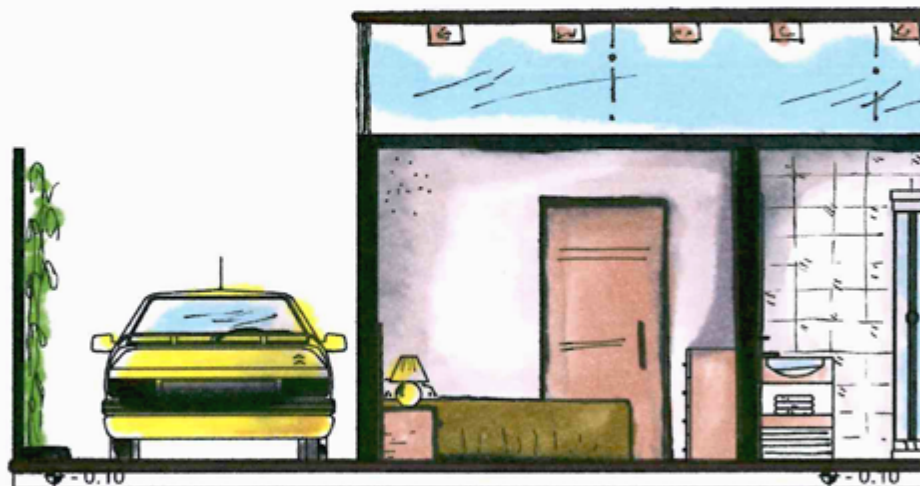
Fachada principal



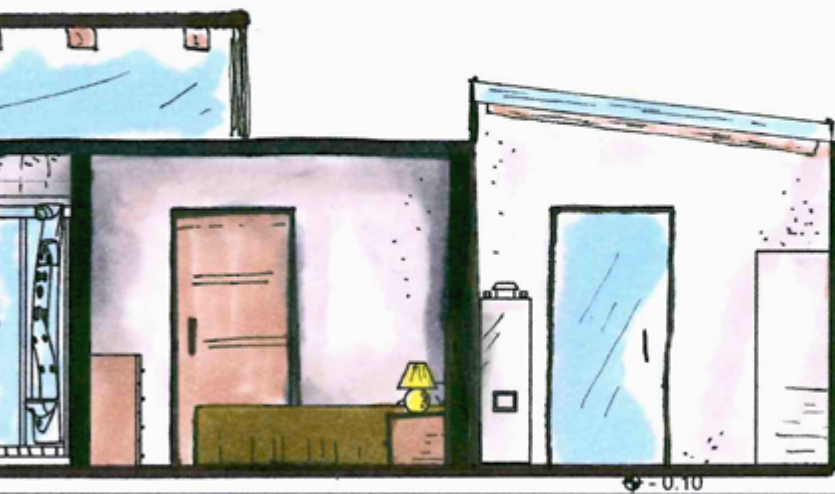
Fachada posterior



Soy estudiante de arquitectura y este proyecto lo realicé en una clase de Laboratorio. Busqué diseñar un proyecto funcional utilizando total o parcialmente el uso de materiales reciclados. Diseñé una vivienda que permite ser desarmada después de su periodo de uso, de esta manera se eligió un material de acero inoxidable fácilmente transportable y edificable en cualquier lugar. El trabajo lo realicé utilizando rotuladores, escuadras y *chartpaks*.



iales eficientes y amigables para el ambiente.
sta manera, será posible utilizarla de nuevo como piezas para algún sistema modular,
lquier parte del planeta, utilizando contenedores para su desplazamiento.



Corte A-A'

Cuando yo parta...

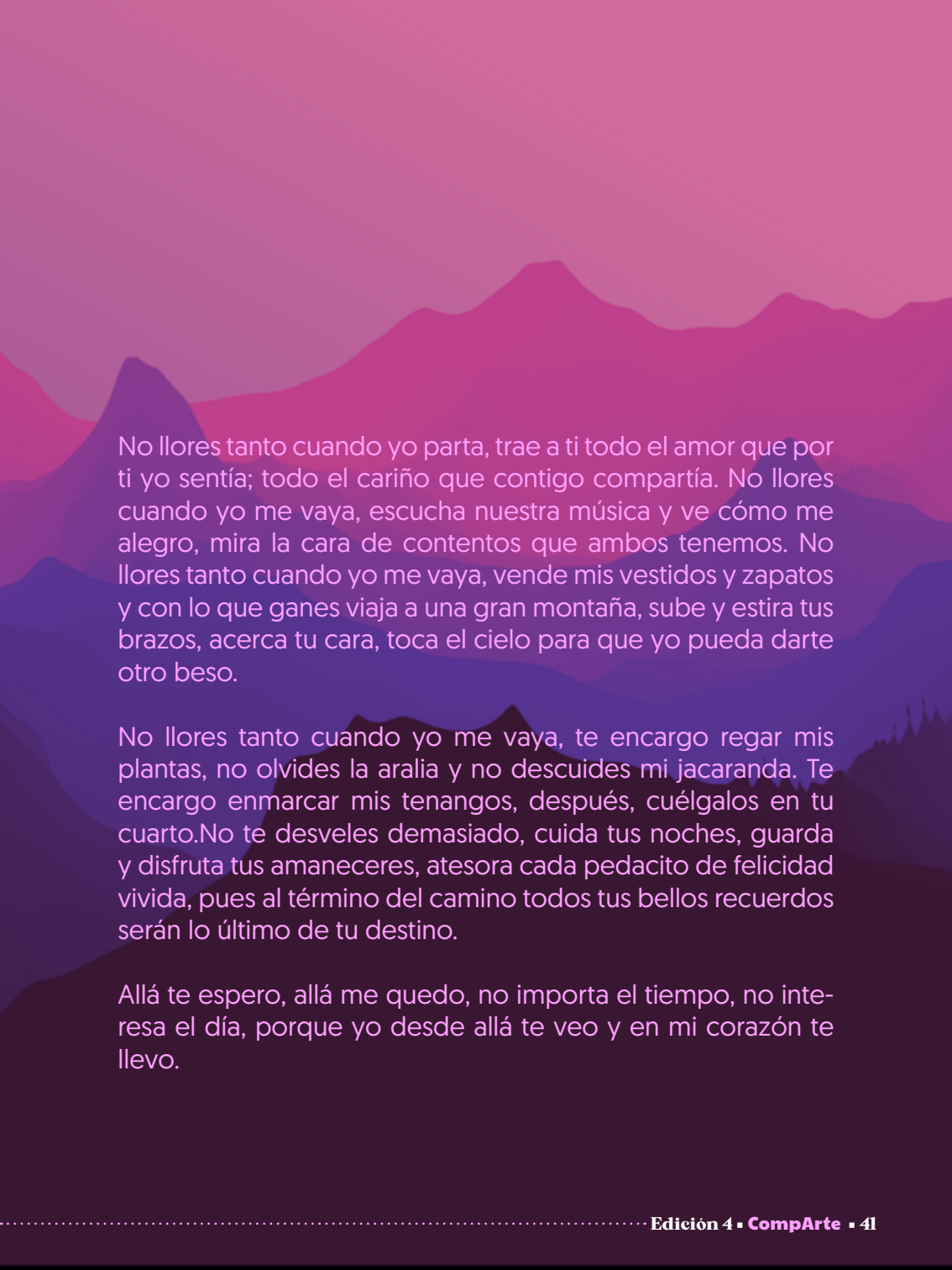
Texto: Ale Ledezma Lara

No llores tanto cuando yo me vaya, sólo derrama unas cuantas lágrimas, pero procura que cada gota de agua salada te traiga tantos instantes de vida compartida y ganada; rememora los dulces momentos y de los amargos, no guardes tantos recuerdos.

Te dejo nuestras memorias y los atardeceres anaranjados, te dejo mis libros y mis sueños... esos en los que tú y yo vivíamos... no olvides abrigarte en los días fríos, puedes usar todas mis bufandas y perfumarte con mis fragancias olor lavanda.

Ve al cine y compra dos chocolates, al saborear ambos recuerda que yo no comía el mío por dártelo a ti, y si hay escenas de besos, por favor, piensa en mí.

No llores tanto cuando yo me vaya, pues juntos iniciamos una travesía en el mar, yo desembarqué antes, pero tú, tú debes seguir el rastro, ese que te conducirá a tus metas y a muchos más hallazgos.



No llores tanto cuando yo parta, trae a ti todo el amor que por ti yo sentía; todo el cariño que contigo compartía. No llores cuando yo me vaya, escucha nuestra música y ve cómo me alegro, mira la cara de contentos que ambos tenemos. No llores tanto cuando yo me vaya, vende mis vestidos y zapatos y con lo que ganes viaja a una gran montaña, sube y estira tus brazos, acerca tu cara, toca el cielo para que yo pueda darte otro beso.

No llores tanto cuando yo me vaya, te encargo regar mis plantas, no olvides la aralia y no descuides mi jacaranda. Te encargo enmarcar mis tenangos, después, cuélgalos en tu cuarto. No te desveles demasiado, cuida tus noches, guarda y disfruta tus amaneceres, atesora cada pedacito de felicidad vivida, pues al término del camino todos tus bellos recuerdos serán lo último de tu destino.

Allá te espero, allá me quedo, no importa el tiempo, no interesa el día, porque yo desde allá te veo y en mi corazón te llevo.



En lo oscuro de las tinieblas sien
Ese pequeño destello que n
Que nos puede llevar a un nue
Un lugar donde cada pens
Aquel espacio en el que po
Donde todo miedo e in
Y la historia que contamo

mpre va a existir un granito de luz.
nos brinda seguridad y paz
vo lugar, a un nuevo comienzo
amiento e idea es posible
demos ser nosotros mismos
seguridad desaparecen
s es un nuevo horizonte...

La amargura y la esperanza

Texto: Martina Anaya

Han pasado tantos ayeres y la historia que leí, todavía hoy, está fresca y vívida en mi memoria.

¿Puedé la esperanza rescatarnos de la amargura? Obtendrás tus conclusiones cuando termines de leer lo que ahora comparto contigo. Ofrezco una disculpa por no recordar al autor original, ni siquiera recuerdo dónde leí el texto, he adaptado la historia en personajes, sucesos y lugares; pero la esencia del aprendizaje permanece. ¿Me acompañas?

Raúl tenía, a sus 45 años, la vida resuelta. Estaba a punto de jubilarse; sus dos hijas ya habían abandonado el nido y su esposa dejó de serlo para convertirse en una especie de amiga, cuya compañía le traía cierto sosiego y mucha comodidad.

Esas tardes apacibles se transformaron en un caos cuando, después de que Raúl soportara mucho dolor en las articulaciones y un sarpullido en forma de mariposa en la cara, decidió ir al médico. La noticia recibida lo devastó, tenía lupus y era necesario internarlo porque sus riñones ya estaban siendo afectados por su condición. Salió del hospital justo cuando los rayos del sol se ocultaban y daban paso al color malva que despierta el bullicio nocturno de las grandes ciudades.

Se repetía a sí mismo: -¿por qué me pasó esto a mí?, ¿qué hice en el pasado para que la vida me cobre el presente a un costo tan alto?, ¿por qué a mí, por qué a mí? Olvidó sonreír y agradecer por cada uno de sus días, renegó de su vida. Las quejas y la amargura se instalaron en su corazón y salpicó desconsuelo a todos a su alrededor.



Era hora de ser internado y le fue asignada la habitación 38 en el tercer piso del hospital. Su cama sería la que estaba cerca de la puerta de entrada, pues en la cama cercana a la ventana estaba Mauricio.

Mauricio, de 54 años, había sido internado dos semanas antes por una afección pulmonar. Los primeros dos días ninguno de los dos se dirigió palabra alguna. Fue él quien podía caminar y estar de pie, así que rompió el silencio y frente a la ventana dijo:

—¡Qué hermoso paisaje puede verse desde aquí hermano! Hay tantas bellas jacarandas moradas en el parque que parecen formar una alfombra por la que los enamorados pasean y los niños juegan.

Lo único que quiso contestar entre dientes Raúl fue:

—¿Cómo puedes estar contento si estamos aquí enfermos y encerrados?

—¡Pero estamos vivos compañero! Se nos ha dado la oportunidad de recuperarnos y seguir adelante.

—¡Lo dirás por ti! Yo no tengo nada que agradecer, ¡todo iba bien hasta me llegó esta maldita enfermedad del lupus que no tiene cura alguna!

Mauricio, se recostó nuevamente en silencio y se dijo: ¡pero seguimos aquí porque se nos dio otra oportunidad para seguir hacia adelante!

Al día siguiente Mauricio se levantó y abrió la ventana, una luz tibia y brillante inundó la habitación y dijo:

—¡Ay compañero, es una espléndida mañana! La fuente principal del parque está bellísima, el agua emana cristalina y a través de ella pueden verse las flores coloridas y los grandes árboles. La gente se apresura para llegar a tiempo a sus labores, pronto saldremos de aquí, ya lo verás. Mira, puedo ver la alegría que nos regala Dios en cada mañana.

—No me interesa nada, no me describas lo que hay allá afuera, yo ya no puedo disfrutar nada, contestó enfadado Raúl.

Pasaron varias semanas y la salud de Mauricio empeoraba, mientras Raúl se mantenía sin cambio alguno. A pesar de ello, Mauricio se despertaba alegre cada mañana, abría la ventana y con singular ímpetu y precisión de detalles le describía a Raúl cada bello amanecer, cada maravillosa tarde e incluso cada hermoso ocaso. Nunca perdió la esperanza de sanar y salir de ese hospital.

Asombrosamente, Raúl tuvo una mejoría que le permitió ir a casa. Una noche antes de salir, fue testigo del traslado de Mauricio al área de terapia intensiva. No lo dijo, pero se acostumbró a la compañía de aquel desconocido que se había convertido en su amigo, en sus ojos y en su mensajero de esperanza. Se sintió triste y preocupado.

Durmió sobresaltado por saberse solo en la habitación. A la mañana siguiente pudo sentarse en una silla de ruedas y preguntó por Mauricio a la enfermera que le ayudaba, quiso saber si podía ir al área de terapia intensiva para despedirse de su amigo y compañero de cuarto, de su camarada en la lucha y hermano en la confianza.

La respuesta de la enfermera fue tácita: -el señor Hernández falleció en la madrugada. Ya están aquí sus familiares y sus amigos.

El nudo que se le formó a Raúl en la garganta apenas le permitió emitir palabras: ¿Puedo acercarme a la ventana, por favor?

Como usted quiera, dijo la enfermera, y lo empujó hacia la ventana.

Raúl quedó pasmado, no había jardín alguno, solamente una barda triste y gris que separaba el hospital de una avenida solitaria por la que años atrás corrió un tren.

—¿Y el parque?, gritó Raúl ¿Dónde está el parque del que Mauricio me contaba tanto?



—¿Cuál parque? Lo siento señor Mendoza, el señor Hernández era ciego. Apresúrese por favor, porque debo hacer mi ronda con otros pacientes.

Raúl no pudo contener las lágrimas mientras recorría, en la silla de ruedas, el pasillo que daba hacia la salida, se sintió un miserable y un mezquino.

A partir de ese día Raúl vivió con el recuerdo de Mauricio y los paisajes descritos, esos escenarios que lo llevaron hacia la paz y hacia la esperanza. Agradeció cada momento de su presente y nunca más se dejó vencer por la amargura.

En cada revisión médica se reflejaba su mejoría, él sabía que estaba en deuda con Mauricio, a él le debía, en parte, su recuperación en la salud, pero, sobre todo, le debía su regreso a la fe y a la esperanza. Ahora Raúl ve y vive en otros horizontes posibles.

:: CompArte

